

---

# DISCANTE, TEORÍA DE LA LUZ Y OTROS



Jorge Ortega

---

**Jorge Ortega** [ajedrezdepolvo@gmail.com](mailto:ajedrezdepolvo@gmail.com)  
Poeta mexicano.

## **Gramma**

Universidad del Salvador, Argentina

ISSN: 1850-0153

ISSN-e: 1850-0161

Periodicidad: Bianaual

vol. 32, núm. 66, 2021

[revista.gramma@usal.edu.ar](mailto:revista.gramma@usal.edu.ar)

### DISCANTE

He entrado al laberinto y he salido de él herido de incredulidad. Moqué los oídos en rumorosas fuentes que se dejaban escuchar desde muy lejos y refresqué los ojos en el aura de barnices jamás vistos, errando en poner nombre a lo que no lo tenía. La exactitud de ciertos tonos me ha redescubierto los innatos conjuros de la pigmentación. El trazo de los planos y las formas —ángulos, volutas, líneas rectas de altura ciclópea— depuso en la pupila su aguja de mica deslumbrante. La caída del agua me confió en una esquina rosada el álgebra de su música oculta, su esbelta cabellera de plateados y fugaces logaritmos. He venido sin cámara al país de yo-estuve-aquí, pero ni la palabra sirve de espuela para retener la permanencia del instante. Es el intraducible palimpsesto de lo que se percibe, la ociosidad de la glosa, ese no lenguaje que implica quedarse el testimonio o reservarse el derecho a declarar; la insuficiencia del grabado, la inutilidad del vocabulario que corre en vano hacia el destello del peplo de una ninfa en jardines más bellos que lo imaginado. Crucé el arco de entrada bajo mi propio riesgo y he regresado sumido en el largo silencio de los desahuciados.

### TEORÍA DE LA LUZ

Sentado a solas en el comedor  
sin más vitualla que la del ayuno  
qué tanto contemplaba.

Era un dejarse estar  
lo que me retenía, un dejarse caer  
en el instante sin fondo  
de la perplejidad.

El polvo gravitaba con el ritmo  
de una constelación en movimiento,

---

y todo cabía ahí:  
    las conjeturas  
y formas del deseo,  
    los audaces  
polígonos del sueño,  
    las falacias  
que propagaba el párpado  
    preñado de incoherencias  
y el alba diluía.

La ventana era la hoja en blanco,  
el intocado folio, la pulida visión del inocente  
en que la voluntad pactaba con los planes.

Y todo estaba ahí  
porque no estaba escrito.

La luz borraba el mundo  
y lo restituía.

#### DEDICATORIA

En la sencillez de esta línea se perfila tu nombre, nítido y conciso, alfa y omega  
de todo jeroglifo, corteza en que la tinta irrumpe o palidece.  
No es preciso anunciarte porque vengo de ti y voy hacia ti. Eres el antes y el  
después, el agua de silencio que rodea las islas de la palabra.  
Equidistante a los vértices de tu demora, estoy a medio camino del principio y  
de lo que me aguarda, del nacimiento y la fatalidad.  
A mis espaldas germina sigilosamente el árbol de tus dones como la sombra de  
una cordillera en la dorada tapia del crepúsculo.  
Suenan en las vísceras la honda sinfonía de tus vocales. La runa de esta voz hace  
eco en ti, oh claridad recíproca. Decirte es un pleonasma.  
Estamos instalados uno en el otro con la vecindad de la sangre y la saliva, la  
imbricación del sudor en el ojal del poro.  
Abrevas en la fuente de mis ganglios. Respiro por tus branquias. Me abarcas al  
pensarte. Si pienso te condensas. Colmamos la unidad al habitarnos,  
saturación dichosa.  
Alguien mueve la mano que redacta esta frase. Alguien empuña el arma,  
ilumina con su faz el texto, contiene los temblores del pulso que se asoma  
a los demás  
por el monte de nuestras peroratas. Otra que no eres yo. Otro que no soy tú.  
    Aquel que aquella es, la que se endosa a él.  
Si nos hemos cruzado al subir o bajar por la colina, tuyo el sentido opuesto, la  
dirección contraria, el aire que se engolfa en mis odres vacíos, el revés y el  
afuera.  
Avidez, porfía, esa mitad perdida que jamás termina de elevarse en búsqueda de  
cuál, en acecho de quién.

### CONTORNOS DEL OFICIO

Salgo a dar un rodeo por donde lo que quiero,  
ancho valle plantado de figuras no escritas.

Salgo a pasear alrededor de lo inconcebido, acorralando en círculos el núcleo  
deseado.

Merodeo una casa pero no timbro ni me avecino. Elijo una diana pero no me  
decido.

Voy forjando un cauce en su perímetro.

De tanto vigilar y diferir la obra, de tanto cortejar y anclarse en ninguna parte,  
cavo una zanja en las inmediaciones de lo que aún estoy por imaginar.

De tanto acechar y mantenerse en vilo, de tanto deambular y no parar, voy  
horadando un canal en torno a la brecha sin fin de lo increado.

Salgo a bordear los lindes de una fecha,  
a fluctuar en su órbita sin entrar en materia,  
a optar por la alusión,  
a prolongar  
la víspera.

El amarillo nimbo de la luz, la brumosa sortija de la luna, son como una otra  
piel, una segunda tez. Son como alguna funda que envuelve lo que  
persigo, la noble jerarquía de la corteza y su magma de ámbar.

Doy un frondoso desvío para ir de nueva cuenta a donde iba: el centro de la  
orilla del cuadrante, la rosa de neón surgiendo de los límites borrosos, la  
aureola de la aurora.

Ando excedido de divagaciones  
para llegar de más.

Qué me sujeta allá, en la turgente patria de los cóndores  
en que las potestades se rezagan.

Temprano que tarde  
la manzana de un árbol que todavía no existe  
caerá frente a mis ojos.

### EPOPEYA DE LOS CONFINES

Caminas entre las nervudas raíces que asoman del subsuelo como boas en torno al laurel de exuberante  
copa que presidía las barbacoas de la niñez. Que emergen, que despuntan sobre el candente rastrojo del  
desierto aliviado por sombras transitorias. Y un sople tibio se desprende de por estos páramos y resbala  
hacia el repecho de la frente, ese blando paredón en que se curvan los augurios, rizando incluso más el  
impalpable rizo de las evocaciones. A un centenar de metros un establo, una caseta o un almacén intras-

cedente que el espejismo semeja disolver en los austeros latifundios de la arcilla, resulta irónicamente llamativo en la mitad de un paisaje barrido por su árida monotonía. A la redonda el pastizal reseco del invierno, la brizna quemada por la escarcha. Piensas: «la dorada pelambre de la maleza, el jaramago de los campos hispalenses alisado por el peso milenario de un capitel que ha rodado como una cabeza en la emboscada». Indiscutibles pruebas de la permanencia. Cuerpos sólidos de toda laya esparcidos a diestra y siniestra durante la excursión de la memoria. Fragmentos de una demolida arquitectura que el conciliábulo del tiempo ha diseminado en el ilimitado jardín de las estatuas. Bajo el aceitunado bulbo del follaje el principio y el final son visibles. De ahí se aprecia bien la escuela a la que fuiste y la arboleda del cementerio al que te diriges a paso de tortuga.

#### PLAYLIST

Abro el poema a las canciones que escuché en la adolescencia.

Por cuántos lustros la supuesta seriedad del profesor las ha desterrado a la  
intemperie como bolsas de plástico en el limbo de una periferia donde hinca  
su varilla el no-lugar.

El papel se llena entonces de ágiles y resbaladizas policromías que no figuran aquí  
porque a pesar de tanto brinco la letra impresa está condenada a perdurar  
en escala de grises.

Pero alza los ojos por encima de los libros o ladea la cabeza y aguza el oído para  
atestiguar la animación de aquello que suscita y resucita el poderoso vórtice  
de una melodía.

Mira y percibe el bucle de los tonos, la danza del caos, el flujo de los átomos  
cambiando drásticamente de sentido igual que una parvada de estorninos.

Hay un muelle cegado por el sol en un infinito verano. Una tarde en llamas que  
arruina el bulbo de los helados. Terrazas bulliciosas, un parque de  
atracciones, casetas de salvamento.

Chicas de largas y auríferas piernas circulando en patines, surfistas, gente en  
bicicleta, mimos, magos, estatuas vivientes, acróbatas en zancos, una  
pelota y una red, un frisbi en el aire.

Sombrillas, toldos a rayas azules, frágiles arquitecturas de la memoria que la  
marea de los acordes derriba y restaura en un pestañeo con la voracidad del  
agua que entra y sale de la playa.

Y, desde luego, en el meollo de ese domingo, el fantasma del tiburón de una  
película reciente que irrumpe para estropear la satinada placidez de los  
bañistas.

Abro el poema a las canciones que escuché en la adolescencia y brotan al borde  
de la mesa las palmeras de ámbar de las que había desdeñado hablar.

Destapo la caja de Pandora, quiebro el cerdito, y una mirada de voces y diálogos  
adormilados en el olvido huye en pos de un estribillo.

Más acá de los muertos y los desaparecidos, en mitad de las avenidas martirizadas  
con la pira del crimen, la música es un árbol invisible cuyas hojas condensan  
la abreviatura de nuestros secretos.

PALABRAS DE LA TRIBU

Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre,  
allí estoy en medio de ellos

MATEO, 18:20

Nos sentamos al pie de las estrellas  
a escuchar una voz.

La poesía tira al cielo  
su malla de vocablos disolubles.

Una paloma blanca cruza el foso  
de la noche profunda  
como un papel alado;

va de prisa  
hacia ninguna parte  
o se sacude el polvo.

Cresterías y gárgolas del patio  
—bosque tallado en piedra—  
parecen custodiar desde lo alto  
el surtidor  
de sílabas  
ardientes.

Un aire pasa encima de nosotros  
rociándonos los párpados  
de una ceniza roja,

trayendo el rumor de los suburbios  
en un puñado de plumas flotantes.

Cargada de mensajes,  
la oscuridad aviva la pavesa  
de un secreto fervor que nos une  
y desborda.